

NUEVOS DOCTORES HONORIS CAUSA

JUSTIFICACION

Por Salvador AZUELA

Señor Rector; señores profesores y estudiantes de la Universidad; señores:

Los pueblos, las instituciones o las personas que se vuelven de espaldas a su pasado, reniegan de sí mismas. La tradición vale por lo que tiene de vivo; por eso no es lícito pretender embalsamarla para petrificarse con ella. Así es como entiendo el espíritu de esta ceremonia de conmemoración del cuarto centenario de la constitución del Claustro de la Real y Pontificia Universidad de México, en que se otorgaron los primeros grados de esa Casa de Estudios.

Presidió, señores, el acto que se celebraba hace justamente cuatro siglos, don Luis de Velasco. Era aquel virrey un hombre dotado de gran rectitud, de simpatía para los desvalidos, de amor al pueblo y de valentía moral. Tal parece que las virtudes de don Luis de Velasco significan desde entonces a manera de una luz que nos señala el buen camino.

Entre los primeros graduados de la Universidad Real y Pontificia figuró fray Alonso de la Veracruz. Había traído fray Alonso a la Nueva España el espíritu misionero de los hombres excelsos de su raza y el sentido caballeresco de la vida, el afán místico y pragmático, al propio tiempo, de los mejores españoles. Queremos honrarlo ahora porque representa el símbolo venerable de la meditación.

La manera más adecuada de que dispone la Universidad para solemnizar este cuarto centenario, es distinguir con el grado de Doctor Honoris Causa a un grupo selecto de mexicanos —alguno de ellos con prestigio internacional—, que han sobresalido en las ciencias y en las humanidades.

En la ciencia, señores, no se puede señalar exactamente adonde se llega, tan sólo en donde se comienza. Se sabe en qué punto empieza el proceso de investigación, de búsqueda sistemática; pero la ruta del conocimiento no concluye nunca, porque sus revelaciones se multiplican a medida que avanza el propósito inquisitivo, despejando horizontes.

La ciencia moderna es hija del espíritu crítico de los griegos. Ella ha creado la civilización tecnológica. Y con la civilización tecnológica brotan problemas de tal magnitud que bien vale la pena, en esta ceremonia, de insistir sobre algunos de los más graves.

Con la civilización tecnológica se opera un peligrosísimo aumento del poder financiero y del poder político, ejercidos en forma irrestricta. Es la época de la guerra total, de la aplicación de la energía atómica a fines bélicos, del retorno a la esclavitud en los campos de concentración y de los regímenes totalitarios. Por ello entraña un imperativo indeclinable elevar la ciencia al rango de la sabiduría, fundada en la responsabilidad, porque la sabiduría representa la fuerza promotora de la cultura entendida como decoro pleno de la persona humana.

Con un sentimiento de reverencia nos acercamos al pasado, de la mano de quienes reciben ahora la merecida consagración universitaria de doctores Honoris Causa. Ellos han hecho de su vida un largo coloquio con la sabiduría. En el hombre que se consagra a los valores más altos, respetamos profundamente la actitud de huir del estrépito de la

La Universidad Nacional Autónoma de México otorgó en ceremonia pública el grado de Doctor Honoris Causa a varios ilustres profesores universitarios, que han dedicado sus vidas a diversos aspectos de la investigación o de la profesión de las ciencias y las artes. En estas páginas se reproducen los discursos que otros universitarios distinguidos pronunciaron al presentar al público asistente a los beneficiarios del honor acordado por el Consejo Universitario, así como el que pronunció el Dr. Salvador Azuela, a nombre de la Universidad, y el que produjo el Dr. Ignacio Chávez, a nombre suyo y de los demás nuevos doctores, para agradecer el homenaje recibido.

plaza, de los intereses que privan en el mercado, deliberadamente extraña a la publicidad, que se refugia en la media luz del laboratorio o la biblioteca, en la penumbra propicia a las realizaciones de la meditación y del ensueño.

La Universidad, al otorgar el honor máximo a este grupo de intelectuales que trabaja en bien de la Patria, se honra a sí misma honrándolos a ellos. La Universidad no reniega de su tradición; lejos de ello, reconoce la noble continuidad de una obra secular por la que sentimos orgullo. Al mismo tiempo proclama la responsabilidad social de la inteligencia, ya que la inteligencia no entraña una nueva aristocracia desdenosa, llamada a sustituir a los privilegiados de la fuerza, de la sangre o del dinero. Es la suya, en primer término, una responsabilidad conductora de pueblos, principalmente en América.

Toda cultura brota de lo social y está destinada a volver a lo social. No es adiestramiento para el ejercicio utilitario de una técnica. Entraña devoción, amor inagotable a la aventura intelectual, conciencia moral, espíritu filosófico, conformidad ante una sola respuesta para los problemas del destino humano.

El intelectual de América tiene hoy hondas obligaciones cívicas. Vive en pueblos en donde se clausuran periódicos y universidades; se cesa por los gobiernos despóticos a los catedráticos de espíritu independiente o se les encierra y destierra porque las ideas que profesan no están de acuerdo con las consignas oficiales, en donde se expurgan las bibliotecas para sacar los libros que se marcan como heterodoxos por políticos de mentalidad simplista. Y cuando los cuadros gobernantes, como ocurre en muchos países de la América del Sur, se cubren con figuras uniformadas, no es edificante el silencio o la abstención del hombre de pensamiento.

La Universidad de México no cree en el hombre que gravita en torno de los tráficados del mercado, en el que desprecia el cultivo de la vida interior, el que no estima la magia del arte, el encanto de la naturaleza, el trato humano desinteresado, la contemplación del mundo libre, el ánimo de los apetitos que engendra la voluntad de dominio. El designio de apoderarse de las cosas para aprovecharlas es de carácter subalterno ante la intención trascendente que implica una tarea de cultura que arranca de fray Alonso de la Veracruz y llega hasta don Justo Sierra.

El hombre moderno sufre bajo el signo de la deshumanización a que se quiere someterlo. Parece que hemos perdido hasta la capacidad de identidad con las fuerzas cósmicas

elementales. Debemos volver a ellas para compenetrarnos con los murmullos de la selva y con los acentos sinfónicos del mar, con el viento que sacude de misterio las copas de los árboles en las altas noches de México, cuajadas de luceros.

Bajo el aire fino de la altiplanicie, estamos instalados en una tierra de composición volcánica, cargada de fuerzas misteriosas propicias a las revoluciones. México es una nación que se forma en la trágica dimensión del peligro. Aquí hacer ciencia y adecuar el espíritu para los altos empeños de la sabiduría es un heroísmo.

Señoras y señores: La Universidad sirve de cauce que permite enlazar el presente con el pasado. Por las voces de sus maestros ilustres hablan los valores elevados de la historia. Debe ser ella el foro de las inteligencias más esclarecidas de la nación. Inspirados en esos sentimientos saludamos a los nuevos Doctores Honoris Causa con la mayor cordialidad.

Al otorgarse a ustedes, señores doctores, un rango académico tan prestigioso, queremos subrayar que México ha adquirido relieve sobresaliente en el mundo desde el punto de vista artístico. Empieza a conquistarlo en la esfera científica. Hagamos votos porque alcance jerarquía universal en el orden perdurable de la conducta.

PRESENTACION DEL DOCTOR IGNACIO CHAVEZ.

Por Manuel MARTINEZ BAEZ

La vida entera de Ignacio Chávez es una limpia historia de trabajo y de éxito, de lucha constante y de triunfos reiterados. Presentarla en unas cuantas líneas no es labor fácil, y todavía lo es menos para quien, como yo, está unido a él por estrechos y viejos vínculos de gratitud y de amistad. Reconozco que estoy obligado a la brevedad, pero si hallareis que falto a ese deber, desde ahora imploro vuestra benevolencia y os aseguro que al intentar una reseña de esa vida lo haré con apego estricto a la objetividad.

Ignacio Chávez nació, en 1897, en el pueblo de Zirándaro, entonces de Michoacán y hoy de Guerrero. Sus padres, don Ignacio Chávez y doña Socorro Sánchez de Chávez, merecen en justicia ser recordados y honrados, ya que sus desvelos y sus sacrificios fueron factor esencial para que su hijo llegara a ser la alta personalidad a quien la Universidad Nacional Autónoma de México otorga hoy el más preciado de sus galardones. Cursó en Morelia los estudios primarios, y desde entonces destacó

entre sus compañeros por sus dotes, en magnitud excepcional, de inteligencia y de empeño por saber. En 1908 ingresó en el Colegio Primitivo y Nacional de San Nicolás de Hidalgo, para hacer sus estudios preparatorios. Era apenas un niño, pero ya se advertían en él las señales de los que han de llegar a ser grandes. Estudiaba sin descanso, no sólo aquello que formaba parte de un deber, sino todo lo que consideraba que podía ayudarle a cultivarse mejor. Le entusiasman, especialmente, la historia y la literatura. Cada año obtenía los primeros lugares y los premios más altos. Buscaba el trato de los mejores estudiantes de los años superiores y fué así como se acercó a un grupo de bohemios, idealistas en trance de romanticismo, y con ellos escribió por primera vez páginas de prosa y de verso, ejercicio que cultivó siempre discretamente, sin dejarse arrebatar por su encanto, sino buscando más bien aprovecharlo como disciplina, a la que más tarde sus lecciones orales y sus escritos debieran claridad y elegancia notables, que realizan mejor su alta calidad de maestro.

Su amor por la historia encontró ambiente propicio en aquel colegio de Hidalgo, de Morelos y de Santos Degollado, el mismo al cual dedicara su último pensamiento el grande Ocampo. Sus ojos y sus oídos, ávidos de verdad, y su espíritu, abierto a la comprensión, captaron siempre con justeza la realidad y le hicieron contemplar apasionadamente el derrumbe de las viejas mentiras convencionales, que dejaba al desnudo, entre sangre y entre fuego, las duras aristas del dolor de México: así se formó en él una actitud liberal, un criterio recto y justo y una fina sensibilidad que han sido base y norma de su conducta por toda su vida.

Terminados sus estudios preparatorios, pasó a iniciar los profesionales, pero encontró que en aquel momento el ambiente de la Escuela de Medicina de Michoacán era demasiado noble para su justa ambición, y vino entonces a la capital de la República, a este gran corazón de la patria mexicana, donde ingresó en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional. Muy pronto el Director del plantel, el ilustre maestro don Rosendo Amor, advirtió en el joven estudiante Chávez cualidades de hombre superior, y le brindó su amistad y sus consejos. Superior, en efecto, se mostró Ignacio Chávez aquí también, en el vasto mundo de su escuela nueva, donde siguió cosechando triunfos, así los académicos que se consagran en los exámenes y en las distribuciones de premios, como aquellos que se manifiestan en la discreta admiración de los compañeros, quienes le llevaron a puestos de dirección en sus organismos gremiales.

Pasan los años y se acerca el término de sus estudios profesionales. Ignacio Chávez, practicante en el Hospital General, prepara con esmero su obra maestra de estudiante, su tesis rectoral, que versa sobre un tema de la especialidad en que es hoy primero entre los primeros. En mayo de 1920 obtuvo el grado de Médico Cirujano y poco después se retiró, en busca de algún descanso y acaso también de un mejor conocimiento de la vida, a su pueblo natal, donde ejerció su profesión por algunos meses.

Pronto volvió a Morelia; un gobernante progresista solicitó su ayuda en puesto de importancia. Como Rector de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hi-

dalgo, reveló sus aptitudes de organizador, su apego al método y a la disciplina, su amplia capacidad de comprensión. Se acercó a los estudiantes, estimuló a los profesores, realizó mejoras materiales, modificó planes y programas de estudios y en breve tiempo renovó el viejo solar nicolaíta, cuidándole amorosamente su espíritu liberal y su respeto a la verdad científica, características del más antiguo plantel del continente americano.

Sin embargo, ese eterno provinciano que es Ignacio Chávez, por cuanto guarda y venera las mejores esencias de la provincia, sintió a ésta demasiado estrecha para desarrollar plenamente su capacidad y para realizar sus ilusiones. Volvió a la metrópoli y comenzó otra vez la ardua labor del principiante. Pronto su aptitud como maestro, probada antes en las cátedras de Historia Universal en el Colegio de San Nicolás, y de Clínica Propedéutica Médica en la Escuela de Medicina de Michoacán, encontró aplicación aquí en la jefatura de una clínica médica y, algunos años más tarde, en una cátedra de Patología Médica. Por entonces fué designado Jefe de un Pabellón en el Hospital General, donde fundó el primer servicio especializado de Cardiología. Sus méritos extraordinarios le hicieron obtener una beca que le permitió realizar el sueño de su juventud: ir a Europa, admirar sus tesoros de arte y de historia, recibir directamente las enseñanzas de los grandes maestros. Visitó las clínicas de Cardiología en Bruselas, Viena, Berlín, Praga, Roma, pero se detuvo más tiempo, naturalmente, en París, en donde, otra vez, destacó pronto entre sus compañeros y llegó a ser el discípulo predilecto de Vaquez y de Laubry. Vuelto a México, aplicó, inmediatamente los progresos que ha encontrado en Europa y, generosamente, impartió sin reservas todo el saber que acababa de adquirir. Importó a México, entre otras cosas, la radiología del aparato cardiovascular y la electrocardiografía. Puso en su labor tal entusiasmo y eficiencia tanta, que logró del maestro don Genaro Escalona, por aquel entonces director del Hospital General, la ampliación de su servicio de Cardiología, hasta hacerlo el primero que entre nosotros contó con todas las dependencias necesarias para hacer una labor clínica integral. Al frente ya de una cátedra Clínica Médica, comienza entonces la gran época de su vida como maestro. Imparte sus lecciones a los alumnos que en la Escuela se preparan para ser médicos, y a sus discípulos, médicos jóvenes y aventajados que saben ya apreciar lo que vale el joven maestro. Comienza a formarse esa pléyade de los maestros de hoy, los Ortiz Ramírez, los Vaquero, los Aceves, y tantos otros más, que son, justamente, orgullo de la medicina mexicana y que tienen a orgullo ser discípulos del maestro Chávez.

Sus altas virtudes como maestro y como hombre, el interés limpio y auténtico que siempre tuvo por la enseñanza superior, su bien probada capacidad de organización, lo llevaron, por aclamación, a la Dirección de la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional, en 1933. Otros directores ilustres habían ya remozado los métodos y las directivas de la enseñanza médica en aquel plantel, pero faltaba todavía ajustar los planes de estudio a las nuevas ideas y a las realidades actuales; faltaban, sobre todo, los medios materiales para impartir debidamente la enseñanza, deficiencia que tenía su causa en la exigüidad de los recursos económicos con que contaba la escuela. Pensar

en obtener tales recursos era lo mismo que soñar. El doctor Chávez soñó e hizo realidad su sueño. Recordó a todos que en ese año se cumplía un siglo desde que don Valentín Gómez Farías dió vida propia a la Escuela de Medicina. Su elocuencia conmovió y convenció. Obtuvo donativos cuantiosos con los que hizo nuevas aulas, un auditorio, nuevos laboratorios; adquirió instrumental y aparatos, libros y revistas y, en una palabra, llevó a cabo la renovación más importante que ha beneficiado a la Escuela de Medicina desde su fundación.

Dejó la Dirección de la Escuela de Medicina por ser fiel a los dictados de su conciencia y siguió trabajando empeñosamente en su cátedra y en su flamante servicio de Cardiología, que cada día parecía más pequeño por ser tantos los pacientes que buscaban atención y tantos los discípulos que acudían a él, deseosos de saber más. Unos años más tarde, en 1936, fué nombrado Director del Hospital General y en este puesto nuevamente dió muestras de su conciencia del deber y de la responsabilidad, de su rectitud y de su energía. Fué su obra la de un verdadero Director, que se encaró con todos los problemas que planteaba la vida de aquel gran hospital; sin arredrarse ni violentarse, renovó al personal técnico procediendo con cordura y con equidad; impulsó el desarrollo de servicios indispensables, que estaban atrasados, como el de Anatomía Patológica; ayudó a crear o a mejorar los servicios especializados e hizo todo el bien que pudo al Hospital que años antes lo conoció como practicante.

Su paso por la dirección del Hospital General afirmó su convicción de que su servicio de Cardiología necesitaba transformarse totalmente para poder cumplir mejor sus fines. Comienza entonces la etapa más brillante de su actuación, la que da la medida justa de su capacidad. Echó a volar sus sueños; sin pararse a medir la magnitud de los obstáculos, entre los cuales estaban los de la indiferencia y de la incompreensión, se aplicó a forjar la

obra máxima de su vida: el Instituto Nacional de Cardiología. No fué llano su camino ni fácil su tarea; quienes estaban obligados a ayudarlo por razón de sus funciones públicas y aún por motivos personales, le negaban su auxilio o se lo escatimaban; se le culpaba de querer para México algo grande y perfecto; luchando contra muchos, ayudado tan sólo por unos cuantos, dió cima, en 1944, a esa obra que es honra para México y motivo de admiración para el extranjero. El Instituto Nacional de Cardiología de México es hoy, indiscutiblemente, el primero en su género en todo el mundo; el que sirve de modelo para otros que aspiran a igualarlo. Plantel que reúne, en orgánica armonía, el servicio médico más eficiente para los enfermos, la enseñanza más completa para los médicos y las enfermeras y la investigación científica más rigurosa. Su fama no se encierra ya dentro de México; alcanza a todo el mundo y ha realizado el hecho, increíble apenas hace algunos años, de que hoy vengan aquí, para perfeccionar sus estudios, médicos de toda la América y también de la venerable y siempre maestra Europa.

El maestro Chávez no ha limitado su labor docente a nuestra Universidad ni a su Instituto. Todas las sociedades médicas de México le han escuchado como conferencista, lo mismo que buen número de universidades en América y en Europa. Ha participado en más de veinte congresos médicos; es miembro de doce sociedades científicas; fundó y presidió la Sociedad Mexicana de Cardiología y es miembro de otras trece sociedades del mismo carácter. Desde 1927 es miembro de la Academia Nacional de Medicina y la presidió en 1933 y 1934, y es miembro correspondiente o de honor de trece academias médicas: es el único mexicano miembro de la Academia Nacional de Medicina de París. El Colegio Nacional de México le cuenta entre sus miembros fundadores.

Sus altos méritos han sido copiosamente reconocidos. Es caballero y después oficial de la Legión de Honor; comendador de la orden de la Salud Pública de Francia; de la de Finlay, de Cuba; de la del Quetzal, de Guatemala; de la del Cruzeiro do Sul, de Brasil. Ha recibido la medalla del Mérito Civil, de la ciudad de México y el Premio Nacional de Ciencias "Manuel Avila Camacho". Ha sido nombrado profesor honorario de las Universidades de Guadalajara, de Nuevo León, de Guatemala, de El Salvador, de la Facultad de Biología y de la Universidad Católica de Chile de la Universidad de Brasil, en Río de Janeiro y de la Universidad de Sao Paulo. Es Rector "honoris causa" de la Universidad de Michoacán y Doctor "honoris causa" de las universidades de Guadalajara, de Guatemala, de Lyon, Francia y de la de París.

Nada más justo, como veis, que el honor que hoy le confiere la Universidad Nacional Autónoma de México, la que, al hacerlo Doctor "honoris causa", recoge y expresa el sentir de todos aquellos que apreciamos debidamente las muchas y muy altas cualidades que hacen, del doctor Ignacio Chávez, uno de los más eminentes ciudadanos de nuestra patria.

PRESENTACION DEL DOCTOR JOSE GAOS

Por Samuel RAMOS

Fué desde el año de 1945, cuando el maestro Antonio Caso en un artículo periodístico pidió pública-

mente que se concediera el Doctorado "honoris causa" a José Gaos, para premiar la labor que con devoción poco común realizaba como maestro de la Universidad de México. Era la voz más autorizada de nuestro mundo filosófico la que por primera vez aquilataba los méritos del profesor Gaos, reclamando para él un título, no como una dádiva de nuestra Universidad, sino como un acto de justicia a sus eminentes servicios en favor de su cultura.

José Gaos nació en Gijón, provincia de Oviedo en España, en 1900. Estudió filosofía en la Universidad de Madrid con José Ortega y Gasset, Manuel G. Morente y Xavier Zubiri. Se doctoró en filosofía con menciones sobresalientes en 1928. Fué profesor de filosofía en la Universidad de Zaragoza, Madrid y Rector de esta última Universidad. Colaboró con Ortega y Gasset en la "Revista de Occidente" como articulista y traductor (27 obras).

A consecuencia de la guerra civil española, donde militó en el bando republicano, vino a México como emigrado en 1938. Nombrado profesor extraordinario de la Universidad de México inició su actuación en una serie de conferencias sobre la "Filosofía de la Filosofía" que obtuvieron gran éxito. Poco más tarde como profesor ordinario en la Facultad de Filosofía y en el Colegio de México ha trabajado ininterrumpidamente en la enseñanza de la filosofía. Encontró en México un terreno preparado por la gran labor realizada por Antonio Caso y algunos de sus discípulos. Pero Gaos ha venido a reforzar los estudios filosóficos en México, imprimiéndoles el vigor que les corresponde. Puede decirse que es en México donde ha realizado su obra personal, publicando cerca de diez importantes libros de filosofía e innumerables ensayos y artículos en revistas. Altamente apreciado por sus colegas y discípulos, es Gaos, sin duda uno de los filósofos más distinguidos de habla española, cuyo pensamiento es conocido por toda América y España. Trabajador infatigable en nuestra Facultad se le admira no sólo como maestro ejemplar, sino como hombre de buena voluntad siempre dispuesto a cooperar en todas las tareas académicas. En quince años de labor en México, nosotros lo consideramos simplemente como un mexicano que participa al igual que todos, en nuestras inquietudes, problemas y tareas. Sería interminable la relación de los honores y funciones honoríficas, nacionales e internacionales que complementan la brillante carrera del hombre a quien hemos querido vincular definitivamente con nuestra Universidad para honra y beneficio de ésta, confiriéndole su más alto grado.

Por razones obvias no puedo ocuparme aquí *in extenso* de los múltiples aspectos originales que presenta el pensamiento filosófico de Gaos. Sólo puedo asegurar que éste guarda un punto de equilibrio entre la tradición y la modernidad. Y no podía ser de otra manera en quién como muy pocos filósofos, ha recorrido paso a paso todo el camino de la historia de la filosofía y explorado la enorme producción filosófica que se da en la segunda mitad del siglo pasado y la primera del presente. Como buen historicista nunca ha jurado por la verdad de ningún maestro, preservando la libertad de su pensamiento para alcanzar sus propias verdades. La solidez de sus doctrinas está garantizada por su documentación en la filosofía contemporánea, una de las más completas, como lo corrobora la lista impresionante de sus tra-

ESTUCHES

PARA

ENSEÑANZA

PHYSICA

Y DE MECANICA

OPTICA

ELECTRICIDAD

Y MAGNETISMO

ELECTROSTATICA

FISICA MODERNA

TEORIA DEL CALOR

Y DE ACUSTICA

SCHINKEL, S. A.

Isabel la Católica 1.

MEXICO, D. F.

ducciones que abarca cerca de 50 títulos, entre los que se encuentran muchas de las obras fundamentales del pensamiento actual. Y entre éstas, la traducción de *El Ser y el Tiempo* de Heidegger, primera y hasta ahora única versión en el mundo, a una lengua distinta del original, lo que constituye una verdadera hazaña dadas las dificultades de pensamiento y estilísticas de la obra. Lo que esto significa es quizá que no hay en el mundo de habla española un hombre que reúna las condiciones necesarias para acometer con éxito una empresa semejante.

Pero aparte de las concepciones filosóficas personales a las que siento no poder presentar aquí como se merecen, está la labor de Gaos como maestro que aun cuando son tanto inseparables de sus meditaciones individuales, ofrecen en este caso una proyección de gran importancia. En la cátedra, Gaos asume el papel que en grado eminente merece el nombre de magistral, no sólo por el dominio y la lucidez de sus explicaciones teóricas, sino porque se dirige a la formación integral de sus discípulos y a su capacitación como investigadores de la filosofía. En doce años de enseñanza, en la cátedra y el seminario, Gaos ha dirigido la redacción de numerosas tesis, publicadas más tarde como libros valiosos que enriquecen nuestro pensamiento nacional. Preparados en las disciplinas de Gaos estos discípulos se han convertido en filósofos, ya algunos de renombre en la cátedra y en el mundo intelectual.

Y aquí es donde debo referirme a uno de los aspectos más loables de la vida profesional de Gaos o cuando menos al que más le estimamos los mexicanos. Sucede que Gaos no sólo es un naturalizado mexicano sino que ha acabado por asociarse y asimilarse profundamente a la vida mexicana. Dentro de esta situación se ha incorporado al pensamiento mexicano y es uno de sus más entusiastas promotores y guías. En un seminario sobre el pensamiento en América, ha dirigido a un grupo de jóvenes en la ardua tarea de investigar la historia de las ideas en México, logrando valiosos frutos, cerca de diez importantes libros sobre una materia antes inexplorada. En este extenso movimiento que por estos años se ha ocupado de la investigación del mexicano, Gaos ha participado activamente como uno de los guías que con una visión más madura ha mostrado, tanto los caminos extraviados como los senderos que más seguramente han de llevar a los objetivos buscados. En cierto modo ha sido un sistematizador de todo el movimiento, logrando así que éste tome una conciencia más precisa de sus problemas y sus métodos.

La Universidad de México y en particular el profesorado de la Facultad de Filosofía, saluda al nuevo doctor "honoris causa", considerando que la inclusión en esta lista honorífica de tan eminente maestro, representa al mismo tiempo un honor para la propia Universidad.

PRESENTACION DEL PROF. MANUEL TOUSSAINT

Por Antonio CASTRO LEAL

Hace poco más de cuarenta años ingresó Manuel Toussaint a la Escuela Nacional Preparatoria, en donde fuimos compañeros. Había decidido no seguir una carrera universitaria, porque no le atraía ninguna de las tres que ofrecían entonces los planes de estudios. No quería ser ni abogado, ni médico, ni ingeniero. Como en todos los es-

tudiantes de mi grupo y de mi generación, las lecturas extraescolares fueron en él tan abundantes como las de los textos y las lecciones de clase, y contribuyeron profundamente —como en todos nosotros— a su formación espiritual.

Era Manuel Toussaint un muchacho reservado y discreto, de gran sensibilidad y de finas emociones. Acaso la primera muestra de su amor al arte del pasado fué la energía con que, después de leer el conocido libro de Pierre Loti, censuraba a los ingleses por haber inundado las ruinas de Philae para enriquecer, con el agua de una presa, las tierras ardorosas de Egipto. En aquellos tiempos recorríamos la ciudad, al salir de clase, para detenernos, llenos de admiración y comentarios, frente a nuestros monumentos coloniales, cuyo elogio pronunció por entonces Jesús T. Acevedo en una inolvidable conferencia. Poco después Saturnino Herrán escogía, como fondo de sus retratos, los grises y los rojos tezontle de la fachada del Sagrario y las líneas armoniosas de la linterna de la Catedral. Fué en aquellos días cuando leímos —¡con qué avidez, con qué profunda emoción!— *El Greco o el secreto de Toledo*, de Maurice Barres, que abrió una perspectiva hacia la comprensión del arte y la vida de las ciudades del siglo xvi.

Cuando cursamos el primer año de Leyes, Manuel Toussaint desató definitivamente. Tuvo el valor de sacrificar su carrera universitaria a su verdadera vocación. Y empezó a escribir. Escribió versos y crítica literaria; a poco formó parte de una empresa editorial que dió a conocer a los autores mexicanos y que realizó una importante labor de difusión cultural. Pero cuando aquel joven apasionado del arte pu-

blicó un pequeño estudio sobre una casa mexicana del siglo xvi —que a la descripción de la arquitectura y el mobiliario, agregaba una pintura de la vida quieta y romántica de sus moradores— entonces fué muy fácil predecir que la admirable producción artística de México, durante la época colonial tendría en Manuel Toussaint su crítico puntual y emocionado.

Y aunque su obra no se limita de ningún modo a este campo, es indudable que la mayor parte de su vida la ha dedicado a la investigación, la historia y la crítica del arte que floreció en nuestro territorio desde las primeras iglesias y los conventos del siglo xvi, hasta la gran arquitectura civil neoclásica de principios del siglo xix. Sus realizaciones en esta clase de estudios son tan importantes que bien se puede decir que él ha sentado las bases definitivas de la historia del arte colonial mexicano y que sobre ellas tendrán que descansar las nuevas investigaciones.

Sus virtudes para obra tan considerable son las más relevantes y apropiadas. Tiene la severa disciplina y la agudeza del investigador que sabe rastrear en archivos y bibliotecas los datos necesarios que coloquen en su tiempo al artista y a la obra de arte. Como historiador tiene el método y la capacidad de perspectiva para relacionar entre sí los diversos fenómenos que estudia y darles un orden en el tiempo y un lugar en la escala de valores estéticos. Como crítico agrega a una fina sensibilidad —condición necesaria para poder apreciar la obra de arte— un estilo lleno de recursos y modulaciones que le permite comunicar al lector, con fidelidad y precisión, el valor y el sentido del fenómeno estético. Me atrevería a decir que hay en él

una misteriosa adivinación del ambiente en que apareció la obra que estudia, de la vida de aquellos siglos coloniales. Yo lo he oído disertar sobre los conventos del siglo xvi y describir la existencia de los religiosos con tanto detalle, diciendo en qué pasaban el día y cómo, en el pozo de las reducidas ventanas, recogían, sobre las páginas de Santo Tomás de Aquino o de Horacio, la luz mortecina de la tarde, que a veces imagino que algún día encontraremos, en una nómina de religiosos olvidados, el nombre de algún fray Manuel Toussaint.

Su obra es vasta e imponente. Va desde el ensayo, que mas veces inicia y otras recoge y fija definitivamente apreciaciones y datos fundamentales sobre una obra particular o un tema concreto, como los que forman su serie de *Paseos coloniales* (1939) hasta la monografía monumental, que con toda riqueza de datos, informes, ilustraciones, comentarios y crítica, agota el tema, como su obra voluminosa sobre *La Catedral de México y el Sagrario Metropolitano, su historia, su tesoro y su arte* (1948). Su historia *El arte colonial en México* (1948) es un ejemplo de investigación, de método y de crítica. Hay que recordar que ha ampliado el campo de sus investigaciones dando a nuestro Continente una obra sobre un fenómeno importante en las relaciones y las influencias plásticas: *Arte mudéjar en América* (1946).

Sería largo e inútil citar sus demás trabajos y sus labores como profesor y conferencista, como Director de Monumentos Coloniales y como Director del Instituto de Investigaciones Estéticas, cargo que desempeña desde hace quince años. Bástenos el recuerdo de sus actividades y de esas obras fundamentales para felicitarnos que la Universidad Nacional de México haya querido premiar su dedicación y su obra con el Doctorado que ahora le otorga por acuerdo del Consejo Universitario.

PRESENTACION DEL ARQ. IGNACIO MARQUINA

Por Alfonso CASO

Es para mí un honor haber sido invitado por la Universidad Nacional, para presentar a ustedes al arquitecto Ignacio Marquina, en el momento en que se le otorga el más alto honor que puede dispensar nuestra Casa de Estudios.

Me ha complacido especialmente haber sido invitado por las autoridades universitarias, no sólo por la larga amistad que me liga con antropólogo tan distinguido, sino también porque se trata de un colega en la ciencia del hombre y particularmente, en el descubrimiento del hombre mexicano y de su cultura, al través de los restos materiales que dejaron los indígenas en nuestro suelo.

Se piensa generalmente que la actividad intelectual de un investigador, no tiene que ver con su actitud moral y con el respeto que se debe a sí mismo y a los demás; pero yo no creo que existe tal separación en la ciencia. La primera cualidad de todo investigador, es la probidad, la honradez científica, que está íntimamente unida y es una simple consecuencia de su honradez en la vida.

En el caso del arquitecto Marquina, su vida se ha caracterizado siempre por una claridad transparente en lo moral, y su actitud científica, por una gran honradez, una probidad esencial, que nada podría hacer variar.

La Universidad Nacional, al conceder ahora el grado de Doctor Honoris Causa a este investigador,



SEARS ROEBUCK
DE MEXICO, S. A.

La confianza de usted, es primero...!

Y... si decimos esto, es porque podemos asegurarle que cualquier artículo que usted compre en SEARS, -por insignificante que sea- es de primera calidad, ya que ha sido fabricado bajo estrictas especificaciones y sometido muchas veces a pruebas de duración en "condiciones de uso".

La próxima vez que usted vea: "Su completa satisfacción, o... la devolución de su dinero" recuerde lo que queremos decir: Que usted puede adquirir los artículos que vende SEARS, con absoluta confianza; porque para SEARS, la confianza de usted... es primero...!

hace justicia por una parte al sabio que tan luminosamente nos ha informado de un aspecto fundamental de las viejas culturas indígenas de México, y por otra parte, al caballero que por su actitud científica ha colocado la verdad en la investigación como la regla invariable e inflexible del pensar.

Unos cuantos datos, que no abarcan su vida, sino que fijan nuestra trayectoria para apreciarlo, sirven para demostrar la justicia de este honor que la Universidad hoy le otorga.

Estudió en esta vieja Escuela Nacional Preparatoria, en donde terminó sus cursos en 1906. Pasó después a la Academia Nacional de Bellas Artes, en la Facultad de Arquitectura, y logró obtener, con honores y altas calificaciones, su título de arquitecto en 1913.

Profesor de Composición en la Escuela de Arquitectura, pronto fué solicitado por el doctor Manuel Gamio para que lo ayudara en la gran obra que realizaba en 1917, para hacer un estudio integral de la población del valle de Teotihuacán. Allí tiene Marquina por primera vez su contacto con la arqueología y con las viejas culturas indígenas que lo han de atraer durante toda su vida.

Fué de los hombres que emprendió con Gamio el estudio integral de una región; estudio antropológico que por primera vez se realizaba en el mundo, y que ha servido después de inspiración a tantos otros que se han efectuado en Europa, en los Estados Unidos y en otras partes.

Fué Director de Monumentos Prehispánicos bajo la dirección del ingeniero Reygadas Vértiz y cuando se creó el Instituto Nacional de Antropología e Historia, y es ahora Director del propio Instituto, consejero del Instituto Nacional Indigenista, y profesor de Arquitectura Prehispánica en la Universidad, desde 1934.

Pero si sus méritos son grandes como organizador de instituciones culturales y como profesor competente e insustituible de Arquitectura Prehispánica, también el investigador, el científico se ha destacado particularmente. Ahí están para confirmarlo sus exploraciones en Teotihuacán; la larga y paciente exploración de la Pirámide de Cholula, que tantos datos nuevos ha aportado al conocimiento de la sucesión de las culturas de México; sus magníficas exploraciones en Tenayuca, en Chichén Itzá y en Uxmal; sus estudios sobre el Templo Mayor de la ciudad de México, y por último, coronando este importante grupo de investigaciones arqueológicas, la publicación de su última obra: *Arquitectura Prehispánica*, que es indudablemente la primera y más importante que se ha escrito hasta ahora, en cualquier lengua, sobre este tema. Este libro monumental resume una paciente labor de 30 años de investigación, y sería por sí sólo suficiente para fundar una envidiable reputación científica.

Pero otras publicaciones anteriores ya habían señalado el rumbo que tomaban las investigaciones de Marquina: su estudio de los Monumentos Arqueológicos y Coloniales en el valle de Teotihuacán, sus artículos sobre la Arquitectura Precolombiana, sus publicaciones sobre las exploraciones en Cholula y en Tenayuca; su estudio comparativo de los Monumentos Arqueológicos de México, nos indican el proceso de investigación que seguía Marquina antes de darnos a conocer el resultado definitivo en su último libro.

Miembro de numerosas sociedades científicas, ha recibido también el homenaje por su labor, de va-

rios países extranjeros, y Francia y Suecia lo han honrado condecoraciones, y ha sido representante de México en numerosos congresos científicos sobre arqueología y antropología, en donde se le ha oído siempre con el respeto que merecen sus opiniones.

Tal es, en un breve resumen —por breve injusto—, lo que el arquitecto Marquina ha realizado. Tales son sus méritos para recibir hoy, como recibe con toda dignidad, el honor que le otorga la Universidad Nacional.

Si conocer es amar, si no podemos entender a nuestro país, sino conociendo las raíces profundas de las que arranca nuestra cultura actual, las raíces que por una parte penetran en el suelo milenario de las culturas indígenas, y por otra en el suelo también milenario de la cultura mediterránea, es entonces una obra patriótica dar a conocer el pasado de México a las generaciones actuales. Sólo así, entendiendo lo que hemos sido, podremos tener un concepto claro de lo que somos; sólo así podremos sacudirnos los prejuicios que hicieron durante mucho tiempo, tomar una actitud pseudofilosófica, para declarar que México no tenía pasado ni porvenir.

Creemos por el contrario que México ha sido y será cada vez más en el futuro, un factor indispensable en la elaboración de la cultura universal.

Conocer la arquitectura de las antiguas naciones indígenas, como conocer otras formas de su arte, de su economía, de su vida social, es estar penetrando poco a poco en el pasado de la patria; es, en suma, estar fundando nuestro amor a ella, sobre bases cada vez más sólidas, y por tanto imperecederas.

PRESENTACION DEL DOCTOR ALBERTO MARIA CARRERO

Por Francisco MONTERDE

Para los pensadores que se mantienen verticales contra rachas tormentosas, cada uno de sus libros aumenta la altura del pedestal en que se elevará su estatua —que nuestra devoción ya prevé— tallada en piedra por la gratitud de sus coetáneos o vaciada en bronce por la posteridad reconocida. Uno de esos caracteres, sin duda, es el del profesor Alberto María Carreño, a quien varias generaciones de estudiantes deben enseñanzas que en primer lugar incluyen el ejemplo de su rectitud, de su labor infatigable con tensa voluntad puesta al servicio de la patria.

En esa infatigable labor, su activa existencia ha dejado huellas a la vez amplias y hondas que irradian desde este núcleo de la cultura nacional y se entrecruzan —no sólo en el mapa de América: también en los de otros continentes— como las rutas de los exploradores de pasados siglos.

Por cualquier sendero que se siga, se le encuentra al recorrerlo, en el punto en que era forzoso que se hallara: en el lugar de honor que no es siempre el sitio más agradable ni el más cómodo. Su lealtad le mantuvo al lado de don Joaquín D. Casasús, cuya memoria ha enaltecido. Después, ferrocarriles y caminos —del centro al oriente, al norte y al sur— con él pasaron del proyecto, en el plano, a la realidad, en el paisaje; comercio, industria, minería, agricultura, irrigación aumentan con su esfuerzo, a la vez que impulsa las artes gráficas. La diplomacia, el arbitraje, con otras misiones difíciles, de las que su decoro sale ileso, le llevan al Norte. Allí su palabra se escucha y sus decisiones se acatan.

Entre unas y otras —a veces amargas— tareas, el magisterio es, más que una trepadora, un apostolado. Ha enseñado aquí y en el extranjero, siempre. Donde está, encuentra eco de cátedra. El aula se abre donde su voz resuena. Por eso, hasta aquí, ha llevado con orgullo sólo un título: el de profesor. La enumeración de planteles y materias en que probó su competencia, ocupa varias páginas de su *curriculum vitae*. Más bien que mencionar unos y otras, hay que preguntarse dónde no ha enseñado el profesor Carreño, y envidiar a quienes han tenido la fortuna de adquirir conocimientos útiles, con su enseñanza y su trato, en facultades, colegios, escuelas, sociedades y academias; a quienes le han oído como conferenciante, como delegado en congresos científicos, en los que representó, digno, a México. También habría que inquirir cuáles corporaciones del nuestro y de otros países, no lo cuentan como miembro. Y si alguna está en deuda con él, no lo estará por mucho tiempo aún, seguramente.

En su bibliografía —de las más copiosas entre las de sus coetáneos, ya que la lectura de los títulos de sus publicaciones, libros y folletos, exige horas enteras, no contados minutos—; igual que en la investigación, aparece una nota dominante: su preocupación por la historia. El profesor Carreño ha sido historiador, preferentemente. Es de aquellos historiadores que no se limitan a sacar testimonios del pasado, del mar —aquí tan revuelto— de los archivos, en el que bucea, a fondo, sin que sus fuertes pulmones denuncien fatiga, para salir a flote, venturoso: entre el pulgar y

el índice, una perla. Buzo del pasado, es también guardián del presente, vigía del futuro. Escritor viril, dice su verdad, apoyada en experiencias propias, a menudo en forma contundente que, si lastima de pronto, acaba por convencer a sus contrarios, en la cátedra, en la polémica, en el folleto, en el libro.

No sabría, de todos los que ha publicado, cuál escoger ni de cuáles prescindir, porque más que el varón temible de un solo libro es el erudito amable autor de muchas obras. Titubearía entre aquellos de la XVI centuria, de la que nada ignora, y los tomos en que ratifica su adhesión al gobernante bajo cuyo régimen desplegó con entusiasmo sus energías.

Donde él vino al mundo, transcurrió mi infancia. Mi adolescencia lo encontró ya erguido en sus virtudes personales; mas aún sin la aureola de la edad serena en que se halla, y al seguir su diestra —brújula fiel— halló una orientación para futuras investigaciones. Ligado a él, primero, por la admiración de quien se inicia en ese camino marcado por la impronta de un descubridor de verdades antiguas, a tal sentimiento vino a unirse después, ya en mi juventud, una amistad apoyada en franqueza y respeto mutuos: una amistad fortalecida a través de coincidencias y discrepancias, como toda auténtica amistad que ha sabido templarse en el fuego de las discusiones.

Así, devoto lector suyo, compañero en tareas docentes y colega en labores académicas —en las que me inicié también—; aliado en alguna misión universitaria en el extranjero, aprendí a admirar al escritor que defiende con valentía la pureza del idioma, a la vez que aumentaba mi estimación por el hombre.

En ese recorrido comprobé frecuentemente la hondura del surco abierto por sus manos; la puntualidad y la eficacia del maestro que llega en plenitud a los once lustros de magisterio y que gana simpatías y conquista afectos, al formar discípulos entre propios y extraños.

Quien logró distinguirse como estudiante, desde el bachillerato, sabrá forjar caracteres que cumplan el deber de superarlo, como humanos. Mereció la medalla de bronce, clase única, en los Cursos de Latínidad; la de plata, en Economía Política. Varias ciudades de América y Europa lo han recibido como huésped de honor o lo han hecho ciudadano honorario. Si la neoyorkina Universidad de Fordham lo considera Doctor en Filosofía y en Letras, la Universidad Nacional Autónoma de México, al incluirlo entre los seis Doctores "honoris causa" a quienes otorga al grado en esta ceremonia conmemorativa del Cuarto Centenario del otorgamiento inicial de grados —en el Primer Claustro de Profesores—, consuma un acto de justicia: coronamiento de una existencia que siguió su curva ascendente, sin desfallecimientos. Galardonada al hombre probo; al revelador de datos históricos, que sin él serían aún desconocidos; de documentos insustituibles para seguir la evolución de nuestra cultura; a quien ha interpretado unos y otros, lúcida y comprensivamente, al rescatar del olvido figuras que, por él, tienen ahora relieve perdurable.

Su presencia en este acto, plenamente justificada, y la explicable limitación de tiempo, me impiden hacer su elogio con la cordialidad y la amplitud con que lo haría, si él no pudiera escucharlo y no estuviese a punto de agotarse el minuto final de los concedidos en el programa. En ese minuto sólo cabe decir: el doctorado que el profesor Carreño recibe de la Universidad esta noche, honra tanto a la institución como al desinteresado



UNICAMENTE
CONSERVAS
DE CALIDAD

DESDE 1887

CLEMENTE
JACQUES
Y CIA., S. A.

MEXICO, D. F.

maestro; al constante investigador que ha hecho tan valiosas aportaciones, en el campo de la historia; al ciudadano ejemplar a quien así merecidamente distingue.

PRESENTACION DEL DOCTOR MARIANO HERNANDEZ BARRENECHEA.

Por Nabor CARRILLO

En esta fiesta de la cultura, la Universidad rinde homenaje, a la manera universitaria, a seis hombres que reúnen excepcionales merecimientos de orden académico y humano.

Cinco han sido presentados ya con excelencias de lenguaje digno de ellos.

Tócame el honor de presentar a un hombre muy modesto, pero no por eso menos eminente, y parece que la sencillez de mi palabra es la propia ante la sencillez excepcional de ese hombre.

Pero antes de realizar esta grata tarea para la que he de despojarme de la investidura formal de Rector de la Universidad, quiero dar la bienvenida a los nuevos Doctores, a todos ellos, y reiterarles lo que indudablemente saben de antemano: el honor que hoy reciben los une más a la Universidad. Los hace partícipes de las más altas responsabilidades. La Universidad espera que ellos brinden su generosa inteligencia para resolver los problemas académicos más trascendentales en esta próxima jornada en que la Universidad se despidió de algunas de sus viejas angustias, de algunas de sus viejas preocupaciones, y se prepara, como el país lo exige, a responder con fe y entusiasmo a la alta tarea de hacer cultura en un México mejor.

Tócame el honor de hacer la presentación en esta noche de uno de los hombres seleccionados el año anterior por el Consejo Universitario para recibir el más alto grado que otorga nuestra Casa de Estudios.

He de presentar con grata emoción a uno de los maestros de más altos merecimientos en la Universidad. A uno de los exponentes de las ciencias físico-matemáticas que más han contribuido al desarrollo increíble que esta noble disciplina ha alcanzado en México en las últimas dos décadas.

Con frecuencia he requerido el ejemplo del desenvolvimiento milagroso de las ciencias físico-matemáticas en nuestro país para sostener la fe que me inspira la Universidad Nacional Autónoma de México, como cantera de hombres que darán a México un lugar de privilegio en el panorama de la cultura universal.

Sin desconocer las circunstancias adversas en que ha tenido que cumplir su misión la Universidad desde su autonomía, existe la realidad, digna de la mayor atención, de que la reina de las ciencias ha logrado en poco más de veinte años recorrer en México dos siglos de progreso.

La brillante generación de jóvenes matemáticos mexicanos que constituye ahora uno de los mayores orgullos de la Universidad; la generación de los Graef, los Barajas, los Vázquez, los Torres, los Adem, los Moshinsky, los Zubieta y tantos otros, justifica en buena medida las angustias, las preocupaciones, los desalientos que la Universidad ha sentido en los últimos años.

Por otra parte, en aquellas aplicaciones de la ciencia que son de clara importancia para el país, como en la ingeniería, ha ocurrido también un fenómeno digno de meditación.

La brillante generación de ingenieros jóvenes que tanto ha contribuido y contribuye para dar a México las bases físicas y económicas sin las cuales no es posible resolver la angustia de sus problemas sociales, es otro de los mejores síntomas de confianza en la labor de la Universidad. Los Hiriart, los Sandoval, los Barros Sierra, los Zeevaert, los Espinosa, los Bracamontes y tantos otros realizan ahora en México una labor sin precedente que supera la obra que antes se confiaba sólo a técnicos extranjeros.

Pero el desarrollo de las ciencias físico matemáticas puras y aplicadas requiere meditación sobre los hombres que han sido decisivos en él.

Muchos son los universitarios que tienen responsabilidad y merecen homenaje público de la Universidad por esta labor de promoción científica. Uno de los más distinguidos es honrado por la Universidad en esta noche con el Doctorado Honoris Causa.

La modestia, la integridad, la excepcional calidad moral, el profundo espíritu científico y la devoción sacerdotal por la enseñanza, son las características salientes de Mariano Hernández Barrenechea. No es hora de enumerar sus trabajos de investigación en matemáticas puras, en hidráulica, en mecánica, en teoría de concreto, etc., algunas de las cuales han tenido un reconocimiento internacional. Parece más pertinente señalar la significación que tienen para los universitarios los antecedentes del Doctorado que esta noche se otorga al Ing. Hernández Barrenechea.

Maestro, permítame abandonar por un momento el carácter de Rector de la Universidad con que transitoriamente se me ha honrado y hablar con la emoción y el tono propios de uno de sus muchos alumnos en quienes sembró usted la devoción por la ciencia, el amor a la investigación, la fe en la integridad y el esfuerzo callado, y el cariño y devoción por la Universidad.

Al otorgar a usted el grado más alto con que puede premiarse a un universitario, la Universidad quiere demostrar que no es necesario tener fama popular ni actuar a la luz pública para merecer el más alto reconocimiento de nuestra Casa de Estudios, y que la Universidad reconoce, como lo reco-

nocemos todos sus alumnos, que es usted un ejemplo del universitario por excelencia, sabio, limpio, íntegro, maestro excepcional, orgullo de la Universidad y orgullo de la patria.

DISCURSO DEL DOCTOR IGNACIO CHAVEZ.

Señor Rector de la Universidad Señoras y Señores:

Al venir a esta tribuna, debo empezar por contener mis sentimientos personales y frenar mi emoción, porque me llevarían de rechamante a decir palabras efusivas de gratitud a mi amigo ejemplar, el doctor Manuel Martínez Báez, por la forma generosa con que me ha presentado ante vosotros.

Pero debo recordar que no estoy aquí para hablar a nombre propio, sino como portavoz de las seis personas que hoy recibimos el Doctorado Honoris Causa de nuestra Universidad. La mía resulta así, no una nota personal, sino el eco de un sentimiento colectivo. En nombre de todos ellos vengo a expresar nuestra gratitud por la distinción académica que nos otorga el H. Consejo Universitario, lo mismo que por la generosidad que ha inspirado al grupo de hombres eminentes que acaban de trazar nuestro perfil espiritual.

Poco importa que nuestra sinceridad, no nuestra modestia, nos diga que la distinción que recibimos es superior a nuestros merecimientos. Poco importa también que la medida de nuestra propia crítica nos fije el contraste que hay entre nuestra talla y vuestra liberalidad. Esas no son sino razones para agradecer más el gesto de la mano amiga que nos alarga la preseña; pero son, a la vez, un motivo de íntima inquietud en nuestras conciencias.

Es que nosotros, viejos universitarios, sabemos bien que una ceremonia de éstas no es una fórmula vacía, ni un simple ritual solemne, propio para el halago de vanidades, sino que es un acto fecundo que adquiere su cabal significación en tanto vale por un juramento callado, el de trabajar más, el de servir mejor a la vieja Casa que nos honra. Por entenderlo así, podemos recibir el grado con orgullo, porque no vemos en él simplemente un honor, con serlo tan grande, ni una recompensa, con ser

la más alta a que podríamos aspirar en nuestra vida académica. Lo recibimos y lo aceptamos, fundamentalmente, como una grave responsabilidad ante nosotros mismos y ante la conciencia universitaria.

Esa responsabilidad estriba, ante todo, en merecer cabalmente estas insignias; en elevar cada vez más el plano de nuestra vida; en realizar, cada día con mayor verdad, la función del maestro y no sólo la del catedrático. Y nada es más difícil. Cumplir con el deber fue siempre tarea dura en la vida, no por lo que tiene de penoso sino por lo difícil de definir en su alcance. Es que no es el deber frío, reglamentado, sin pasión y sin ímpetu, el que nos importa. Es el otro, en que se aúnan el mandato de la conciencia y el ansia febril de ser mejores. Ese es el deber que la Universidad nos pide cumplir, lo mismo en el recinto de sus aulas que en la gran aula de la vida, el que resume el mandato del Estagirita, de no sólo saber de las virtudes sino de poseerlas y practicarlas.

Cumplir nuestra misión en la Universidad y contribuir a que ésta cumpla la suya en favor de la nación, tal es la dura, la altísima tarea que tenemos enfrente.

Si su función fuese una, la nuestra sería clara; pero la Universidad es de esencia proteica, aula para la enseñanza, laboratorio para las ideas, claustro para la formación de caracteres. No es ni puede ser la conductora nacional; pero es, en cambio, la conciencia de México. Con todos sus tropiezos, con todos sus avatares, la Universidad es, en el mundo moral, la conciencia alerta del país.

Por eso nos aferramos a ella, sin importarnos errores, tropiezos ni avatares. Es porque creemos en ella, en su nobleza innata y en su destino. Negarla sería negar el destino mismo de México, el mañana que estamos febrilmente amasando. Y todo nos está permitido en nuestro papel de maestros, menos enseñar el escepticismo estéril, el conformismo triste; todo, menos dar muerte a la esperanza.

Señor Rector. Señores miembros del Consejo Universitario:

El honor que nos habéis conferido es de los que obligan para siempre. Estamos listos para cumplir con el deber que nos impone. Nuestro orgullo de hoy será mañana humildad, en la noble faena diaria.

EL PUERTO DE LIVERPOOL, S. A.



LOS ALMACENES
MAS GRANDES Y
MEJOR SURTIDOS
— DE LA —
REPUBLICA

NO OLVIDE QUE:

SI ES DE
EL PUERTO DE

LIVERPOOL

TIENE
QUE SER
BUENO!